

Capítulo 18 - Luces pálidas

- [Capítulo 18 - Luces pálidas](#)

Capítulo 18 - Luces pálidas

Song fue la primera en regresar a la cabaña.

Entró, limpió sus botas y colgó su capa. Su mosquete descansaba contra la pared —hasta que pudiera conseguir un soporte adecuado para armas— y guardó la pólvora en una bolsa que había colgado allí precisamente para eso. El cinturón de la espada y la capa fueron lo último, pero, por una vez, ordenar sus asuntos no le brindó consuelo alguno. Sintió... no estaba segura, en realidad. ¿Vacío? Tal vez simplemente cansancio. Había sido un día largo.

La Tianxi se dirigió a la cocina, remangándose las mangas y poniendo en marcha la cena. Pollo, arroz y tomates frescos. Sin especias, salvo sal, que en Allazei era barata y abundante. Su madre la habría desheredado por preparar algo así, pero aunque era una comida sencilla, las porciones serían generosas y no era difícil de cocinar. Podía servir como una base provisional. Para el fin de semana, Song tenía la intención de crear un sistema rotatorio, de modo que la responsabilidad por las comidas no recayera solo en ella, alternando entre los miembros de su escuadrón.

También había estado considerando una lista de tareas, dada la cantidad de trabajo aún por hacer. La cabaña seguía sucia, la biblioteca requería ser catalogada, el jardín debía ser desmalezado, era necesario comprar y transportar muebles... la lista no terminaba. Y aunque Song sabía que, tras preparar la cena, debería cambiarse a la ropa de trabajo que había conseguido en la ciudad y ponerse a limpiar, esa idea le parecía frágil. Como si no estuviera segura de sus propias intenciones, como si... ella misma dudara.

—No me rendiré —susurró Song, con tono decidido, mirando la olla con arroz.

Así que hubo un contratiempo. El coronel Cao la había marcado como una tonta ante todo su grupo en la Scholomance y su nombre permanecería en esa pizarra hasta que ella lograra borrar su vergüenza. Pero eso no significaba que fuera a fracasar. Era una lección que necesitaba aprender y el dolor solo le ayudaría a recordar. El coronel tenía razón: su estrategia había sido tibia; no había ocultado lo que había deducido para obtener una ventaja ni lo había revelado a todos para ganar gratitud.

Lo peor de ambos mundos: bien merecía perder un punto.

Song empezó a preparar el pollo, cortándolo cuidadosamente y salpimentándolo a medida que avanzaba. Lo colocó en una olla de hierro que puso sobre la llama. Ella pensó que su angustia era solo porque necesitaba purgar la maldición. Pediría a Maryam que le echara un vistazo esa noche. No había pasado mucho desde la última purga, pero quizás Tolomontera —un gran pozo de éter, le habían dicho— agravaba las cosas. Sin embargo, lo que necesitaba aún más que eso era un plan, un camino hacia adelante, una forma de levantarse.

Song no creía que su escuadrón fuera demasiado difícil de convencer para hacer la prueba, pero eso por sí solo no era suficiente. Necesitaba una manera de redimir su reputación. Una forma de cambiar el rumbo, de ponerse al día con... Sus dedos se apretaron en un gesto de determinación. Siempre en desventaja, le había dicho Nianzu, con tono despectivo. No puedes luchar contra el destino, Song. Por mucho que luchemos, siempre terminaremos atrás. Pero, ¿qué sabrá él?

—¿Debería seguirte y desaparecer en una botella, gege? —gruñó ella. —No voy a...

Huele a quemado. Tragando con dificultad, Song miró hacia abajo y vio que, en su fugaz distracción, había dejado el pollo demasiado tiempo sin vigilar. La parte superior aún estaba rosada, pero al voltear las piezas, vio que tenían rayas quemadas. La Tianxi tragó saliva. Si las cortaba, quizás no se notaría. No, todavía quedarían rastros de que había recortado partes. Quizás si cortara cada pieza en dos, pero... idiota, notarían que la cantidad era demasiado pequeña. Uno de ellos preguntaría. Lo sabrían.

Temblando y rompiéndose como un niño maldito, Song hizo lo único racional que pudo: apartó la olla del fuego, salió afuera con una pala y cavó un agujero en una esquina del jardín. Vertió el pollo quemado en él—tendría que comprar otro para reemplazarlo con sus propios fondos—y rellenó el hueco. Debía darse prisa, podrían regresar en cualquier momento. Song abrió las ventanas para deshacerse del olor y limpió la olla de hierro antes de preparar la receta correctamente esta vez.

Cuando su aquelarre empezó a llegar uno tras otro, Song ya estaba lista. Los recibió con una sonrisa y una comida, y su mano permaneció sobre el cincel mientras todos se sentaban a comer juntos. Como una brigada ordenada, dirigida por una capitana digna.

“¿Te importaría si cerrara las ventanas?” preguntó Angharad, terminando su arroz. “Está empezando a hacer bastante frío.”

La mano de Song se estremeció. Las ventanas. Cuán tonta era ella, había olvidado cerrarlas.

“Lo hago yo,” dijo apresuradamente, levantándose rápidamente.

Solo que fue descuidada en su prisa, su rodilla chocó contra la mesa y el temblor volcó un vaso de agua—y Abrascal lo atrapó justo antes de que se derramara. Su mandíbula se apretó con tanta fuerza que le dolió.

“Song,” dijo lentamente Maryam, “¿estás—”

“Todo bien,” mordió ella.

Se acercó a las ventanas y las cerró bruscamente. Cuando volvió la vista hacia la mesa, vio dos rostros preocupados y la máscara de Tristan Abrascal. Y, ¿por qué no lo estarían, si ella hacía un escándalo como una niña enfurecida? Se obligó a exhalar, alisó su túnica.

“Mi primera clase de pacto no salió como esperaba,” dijo Song.

Alguna tensión salió de la habitación. Eso no era mérito alguno, cuando ella misma la había generado.

“La mía tampoco,” confesó Maryam. “Nuestro profesor prácticamente se desentendió de mí y he tenido que buscar otras opciones.”

Se dirigió de regreso a la mesa con cuidado, como si sus pies fueran de porcelana.

“Eso es sumamente inapropiado,” frunció el ceño Angharad, y Maryam se tenseó. “Es deber de un profesor atender a todos los estudiantes por igual.”

La Izvorica le lanzó una mirada y guardó silencio, lo cual todavía era un notable avance respecto al mes pasado. Song cruzó las piernas y volvió a sentarse en el suelo, con la espalda recta. Tomó su taza.

“Encontré un maestro y culpé al patrón del Cuarenta y Nueve por incendio.” Abrascal dijo con despreocupación.

Ella se atragantó con un sorbo de agua, lanzándole una mirada asesina al ladrón, pues esa sincronización había sido claramente intencionada. Él le devolvió una sonrisa inocente.

“¿Eso hacen las Máscaras?” preguntó Angharad con duda.

¿Significa—el acto deshonroso, por una obligación, se considera honorable en otro sentido? La Pereduri no era difícil de entender, una vez que comprendes el matiz de las gafas con las que miraba el mundo.

“Probablemente no querrás hacer muchas preguntas sobre eso,” respondió Abrascal con sinceridad. “Aún así, puedo decirte que trabajaré en la Chimerical dos tardes a la semana. Te avisaré los días en cuanto los conozca.”

“Mis tardes estarán ocupadas cuatro días de cada cinco,” contribuyó Angharad. “El tercer día será día de descanso.”

Maryam aclaró su garganta, recibiendo miradas.

“¿Y qué tal fue tu clase?” preguntó, con un tono casi desafiante.

“Seis de nosotros fallecimos,” respondió Angharad.

Dioses. El silencio que se instauró duró hasta que las bandejas y los restos fueron retirados, y Song preparó una taza de té Someshwari. Era más barato en la Calle Regnant que las hojas republicanas, y con buena razón: su té era inferior en todos los aspectos. Solo Abrascal rechazó una taza. Fue Song quien rompió el incómodo silencio.

“Hay un precio por los privilegios de los estudiantes de Stripe,” dijo.

Sacó la recompensa provisional que había tomado del tablero, cuidadosamente doblada, y la colocó sobre la mesa. La observaron con interés, Maryam levantó una ceja, Angharad mostraba curiosidad, y Abrascal, más difícil de leer, parecía pensativo.

“Debe estar completa para la próxima semana, o me enviarán lejos,” les dijo sinceramente Song. “Todos los recomendados de la Academia están en la misma situación.”

El único hombre entre ellos resopló.

“Vaya, pobre Cuadragésimo Noveno,” dijo Abrascal. “Se quedarán haciendo dos.”

Era una buena razón por la cual pocas cábilas querrían tener dos estudiantes de Stripe, y también por qué ninguna Academia recomendada desearía comandar una cábila de rezagados. Una brigada incompetente no aumentaría lo suficiente tu puntuación para aprobar al fin de año, por muy dispuestos que estuvieran a obedecerte. Además, la manera en que el ladrón había formulado su frase resultaba prometedora. Implicaba que estaba dispuesto a participar, y en su mente Abrascal había sido la resistencia más probable.

“¿Esto es todo en lo que podemos confiar?” preguntó Maryam, mirando el papel.

Ella había sido la última en recibirlo.

“Sí.”

La Izvorica suspiró, devolviendo la recompensa a Song. No la volvió a plegar y tomó nota de alisarla más tarde, esta noche, presionando sus lados con peso.

“Bueno, no rechazaré la moneda,” dijo Maryam. “¿Cuándo tienes pensado?”

“El sábado por la tarde,” respondió Song.

Tras las clases electivas, aunque dejaría un amplio margen de tiempo para evitar posibles inconvenientes. Habría preferido hacer esto antes en la semana, pero era mejor que su brigada se consolidara primero. Confirmaron cómo dividirían la moneda y a dónde tendrían que viajar en la ciudad antes de poder ser escoltados al juicio—a un lugar en las afueras de Scholomance, lo que hacía suponer que el juicio sería dentro de la misma escuela.

La conversación pronto se extinguió. Maryam ofreció lavar los platos, Angharad salió al jardín para sus ejercicios vespertinos—la mayoría de las noches pasaba media hora allí practicando con su espada—pero lo que sorprendió fue que Tristan se quedó prolongadamente en la mesa con ella. Song tenía motivos para quedarse, no terminaba su té, pero él no tenía ninguno. A menos que quisiera hablar con ella, claro. El Tianxi levantó una ceja y esperó.

“Necesito información,” dijo el hombre de ojos grises. “¿Cómo puedes ver a los dioses?”

Su corazón se apretó. Dejó su taza de té, antes de que pareciera que temblaba en sus dedos. Sus manos bajaron a su regazo, ocultas tras la mesa.

“¿Perdón?” dijo Song.

“Puedes ver contratos,” elaboró Abrascal. “¿Pero sabes alguna forma en que las personas puedan ver a los dioses?”

No ella, se alegró al comprender. No quería decirla a ella. Mantuvo su rostro impassible.

“Supongo que hay contratos que podrían permitir esto,” respondió, con la boca seca. “¿Por qué?”

El grimace.

—Muy bien, ponemos las cartas sobre la mesa—, dijo. —¿Conoces alguna manera en que los demonios puedan ver a los dioses?—

—Una vez templados, los demonios adquieren una forma fija en el éter—, reflexionó Song—. Tal vez eso les permita detectarlos, aunque mirarlos directamente parece una exageración.—

—Hago pudo ver a mi dios protector—, afirmó el ladrón rotundamente—. Incluso escucharlos también.—

Song soltó un silbido bajito. Su propio dios no la visitaba con la suficiente frecuencia para que esto representara un riesgo, pero era útil tenerlo en cuenta.

—Gracias por la advertencia—, dijo, inclinando la cabeza.

Él tarareó.

—Bueno, supongo que no es como si no tuviera algo a cambio—, afirmó Abrascal.

Ella bebió un sorbo de su taza.

—¿No?—

—Las manos expresan mucho—, explicó él—. Aquellos que están entrenados, a menudo las mantienen fuera de la vista cuando intentan ocultar algo.—

Tal como había hecho al inicio de esta conversación, maldita ella. ¿Se había delatado? El hombre de ojos grises la observó con media mueca de desaprobación.

—Pues, hay cosas que no debemos preguntar—, dijo Tristan Abrascal—. Te dejo con tu té, Song.—

Retrocedió del mesa y se levantó, incluso cuando sus dedos apretaban la taza con tanta fuerza que sus nudillos se blanquearon. No era tan arrogante como para hacerle un gesto antes de subir las escaleras, hacia esa torre para observar las estrellas que él había convertido en su habitación, pero aún así, parecía que acababa de darle una bofetada. Abrascal no tenía razón para guardar sus secretos. Si les contaba a los demás... Podría volverse en su contra durante todo el año, sabiendo que ella podía espiar sus secretos más profundos con solo una mirada. Incluso quienes no le

prestaban atención a la Oscuridad—

—Ten calma—, susurró.

Song inhaló, sintiendo que alguien le colocaba la mano en el hombro. Maryam estaba arrodillada a su lado, con los brazos mojados por el rocío. Olía a restos de comida y humedad.

—Piensa en el mar—, le dijo la otra mujer—. La marea sube, la marea baja. Imagínatelo en tu mente.—

Apenas sintió cómo Maryam le quitaba la taza de las manos y la colocaba en la mesa, esforzándose por seguir las indicaciones.

—Ajusta tu respiración a ello—, susurró la Izvorica—. Llega con la marea...—

Song respiró profundo.

—Y se va—.

Cuando su corazón empezó a estabilizarse, no se atrevió a mirar a Maryam a los ojos.

—¿Qué dijo, Song?—

El tono fue áspero, incisivo.

—Muy poco—, dijo cansada. —Es—

Contuvo el aliento mientras miraba al suelo, desplomándose.

—Soy, por mucho, la última de los estudiantes de la Banda—, confesó. —He fallado a todos ustedes—

—Eso dudo—, comentó Maryam, sentándose a su lado—. ¿Qué ocurrió?—

La historia salió balbuceando, cada palabra parecía una queja patética a sus oídos.

—Ese coronel parece una auténtica zorra—, musitó la Izvorica.

—Maryam—, susurró Song.

La muchacha de piel pálida se encogió de hombros.

—Acordamos ser honestas la una con la otra cuando empezamos esto—, afirmó Maryam—. Así que seré honesta: esa mujer Cao parece una verdadera zorra.

—Es una oficial muy respetada—, le explicó Song.

—Para estar en desacuerdo—, respondió Maryam con facilidad.

—La última vez que usaste esa expresión, enviaste a nuestro grupo con Tristan Abrascal—, musitó Song.

—Y ha sido maravilloso tenerlo—, replicó ella, frunciendo el ceño—, aunque debería haber sabido que no debió presionarte así.—

Song se enderezó.

—No soy nada—, afirmó.

Maryam no dijo nada, luego suspiró y pasó una mano por su cabellera oscura.

“La primera vez que tomé un barco,” afirmó, “no pude mantener una comida ni dormir durante tres días consecutivos.”

Los ojos de Song se volvieron hacia ella con sorpresa evidente en su rostro.

“Tuvieron que drogarme,” explicó la izvorica. “Y no me sentí mucho mejor cuando desperté de aquel estado. La paciencia me ayudó a aprender que podía cerrar los ojos sin despertar encadenada, pero antes de que hiciéramos escala ya lo había aprendido. Y ningún marinero en aquel barco se atrevió a burlarse de mí por ello.”

Maryam se inclinó hacia ella, apretando su hombro con afecto.

“Tu barco todavía navega en ese mar negro, Song,” le susurró. “Pero estoy segura de que llegarás allí.”

Permanece allí mucho después de que la izvorica se hubiera ido, hasta que Angharad regresó de su entrenamiento, sentada allí bajo la luz del farol, con un sorbo de té frío en el fondo de su taza. Observando las hojas que se amontonaban en el fondo, la Tianxi de ojos plateados se preguntó si así había comenzado para sus hermanos.

Y si alguna de sus hermanas algún día se sentara a reflexionar, preguntándose si así había iniciado para Song.

--

Su primera clase había tenido lugar en un imponente auditorio, pero Saga se desarrollaba en un espacio que solo podía llamarse biblioteca.

La sala estaba llena de altas estanterías y candelabros, con conjuntos de mesas para diez personas. Solo la biblioteca tenía pocas volúmenes, con algunos estantes cerca del suelo llenos de libros. Todos eran copias de tres libros, que el profesor aseguró que cada cabal debería reclamar en su momento. El profesor Tenoch Sasan, todavía tan desaliñado como el día anterior, había utilizado gran parte del espacio vacío para colocar grandes planchas de piedra pulida. Tras los sucesos del día anterior, la afirmación del profesor de que su clase sería más clásica resultó un alivio para Song.

“Para muchos de ustedes, la clase de Saga parecerá la excepción,” dijo el profesor Sasan. “Comparada con Guerra y Teratología, o incluso Mandato, reconozco que su utilidad directa no es tan evidente.”

El hombre era un buen orador, pensó Song. Atractivo y fácil de escuchar.

“En la práctica, sin embargo, descubrirán que gran parte de nuestro trabajo consiste en desenterrar los secretos del pasado,” explicó el profesor. “Vesper está plagada de las cicatrices de viejas guerras, con horrores enterrados y maravillas ocultas. Mi misión en esta materia no es fomentar el amor por la historia — aunque si puedo, lo haré — sino prepararlos para entender lo que encontrarán en el mundo.”

Hizo una pausa, aclarándose la garganta.

“Deben aprender a distinguir las ruinas antediluvianas de las del Segundo Imperio,” explicó el profesor Sasan. “Comprender por qué en algunas partes de Someshwar se habla Cathayan, por qué reinos cercanos a Izcalli comparten dioses y costumbres, aunque estén distanciados del dominio del Rey Saltamontes.”

El profesor sonrió ampliamente.

“Es fundamental entender por qué Sacromonte sigue siendo una de las grandes potencias de Vesper, aunque controle menos de una décima parte del territorio de sus rivales,” añadió. “Y aunque podemos responder a muchas de estas preguntas con los hechos del presente, esas respuestas serán incompletas, porque no es posible comprender el final de una trayectoria sin conocer su origen.”

Marcó la plancha más grande tres veces.

“Miramos hacia atrás, estudiantes, para comprender mejor lo que nos espera,” concluyó el profesor Sasan. “Y pese a los esfuerzos del tiempo y los hombres, hay mucho que aún dejamos por aprender del pasado.”

Él extendió sus brazos.

“Nuestra historia, por lo general, se divide en tres períodos. ¿Quién podría darme el nombre del primero?”

La historia de Tianxi se dividía en once períodos, así que por una vez, Song se encontraba completamente en la oscuridad. Sin embargo, tanto Angharad como Abrascal levantaron la mano, y este último fue llamado.

“Antigüedad,” dijo.

“Exactamente,” afirmó con entusiasmo el profesor Sasan. “Como en todo asunto histórico, nombrar una era es controversial, pero ‘Antigüedad’ es el término más común para el período que comienza con el Primer Imperio, el reino de los Antediluvianos, y termina con la llegada de Morn –

es decir, la ola de refugiados desesperados que cruzaron tras la destrucción del Primer Imperio y fundaron Vesper tal como lo conocemos.”

Llenó la línea con la palabra Antigüedad, luego bajó la mano hacia la segunda.

“El segundo período es el Calendario Imperial,” les explicó el profesor mientras escribía las palabras, “llamado así por su correspondencia con el lapso del calendario utilizado por el Imperio Liergan, aunque ese calendario fue, como veremos, en gran medida una fantasía. Termina con el Segundo Imperio mismo. La fecha más popular para este período es la Trigésima Tercera Traición. Y como académico, debo admitir que efectivamente marcó el fin de Liergan como Estado y desató las Guerras de Sucesión.”

El profesor volvió a plantear la pregunta a la clase para el tercer período, y esta vez la mayoría levantó la mano, incluyendo a Song. Era una pregunta sencilla, que una pequeña niña izcalli respondió en voz tan baja que fue preguntada dos veces para repetir.

“Eso es correcto,” dijo el profesor Sasan. “El tercer y más reciente período es el del Calendario Centenario, que empezó hace ochocientos tres años. A menos que haya eventos trascendentales, todos ustedes terminarán sus vidas en el siglo actual – esto es, en el Siglo de la Humareda, que apenas acaba de comenzar.”

Luego de esa introducción, el profesor pasó casi una hora ayudando a la clase a completar los tres períodos con eventos menores y grandes momentos: la Noche Antigua, el Tumulto, los Acuerdos de Iscariote, mientras revisaba respuestas y explicaba qué sucedió y qué quedó fuera. Cuando las respuestas empezaron a disminuir, les dio por terminada la actividad.

“Me encantaría seguir hablando sin parar,” afirmó el profesor Sasan, “pero todos los profesores de clases generales tenemos instrucciones de dar solo una breve charla introductoria esta semana, para que puedan adaptarse mejor a sus clases de pacto.”

Dejó el yeso y la tiza.

“Antes de despedirlos, sin embargo, los dejo con una reflexión y una tarea,” continuó. “La historia es parcial, mis estudiantes. Toma partido, condena y justifica, porque así lo hacemos y porque a nosotros nos corresponde escribirla. Nunca la confundan con una ciencia fría que solo disputa con hechos, y comprendan que las distinciones que realizamos en esta disciplina no son verdades absolutas, sino conveniencias nuestras.”

Hizo un gesto hacia la gran pizarra que había llenado.

“Piensen en esto,” dijo el profesor Sasan. “¿Son estos tres períodos de la historia la totalidad de todo lo que alguna vez existió en Vesper?”

Un chasquido con la lengua.

“Claro que no,” afirmó. “Este mundo existió antes de que llegaran los Antediluvianos.”

El profesor Sasan sonrió.

Esa es mi tarea para ustedes,” dijo. “Abrán los libros que han recibido y busquen la respuesta a esta pregunta: ¿qué existió antes del Primer Imperio, y cómo llamamos a esa lejana época?”

--

Tras la animada lección del profesor Sasan, Song no estaba muy segura de qué esperar cuando a la mañana siguiente veía a los Tredici arrastrarse por las entrañas de Scholomance hacia la cripta enterrada donde serían instruidos en Teratología.

Habían tardado apenas quince minutos en llegar a la sala de clases de la Saga una vez entrados en Scholomance, pero esta vez fue claramente el doble de tiempo seguir los picos en el suelo decorados con cintas amarillas. Song observaba al dios de este lugar seguirlos con la mirada desde un rincón, mientras atravesaban pasillos y corredores, una capilla medio hundida cuyas aguas profundas nadie osaba tocar, y finalmente una escalera en espiral rodeada por una oscuridad que parecía devorar toda luz.

— Espero poder esperar que Scholomance empiece a alterar el camino hacia aquí la próxima semana — respiró Abrascal al llegar al pie de la escalera —. Esa última parte fue inquietante.

— Podría prescindir de los campanillazos en un viento que no existe — admitió Maryam.

— Casi estoy seguro de haber visto algo moverse bajo el agua, en esa capilla — frunció el ceño Angharad.

— Casi estamos allí — aseguró Song.

La sala de Teratología, descrita como una cripta, cumplió con su nombre. Era todo de arcos de piedra y una humedad tenue y enfermiza, con pupitres alineados debajo de lámparas de aceite y paredes cubiertas con lemures embalsamados o stuffed. No solo pequeños, también colgaba del techo una serpiente alada con escamas de arcoíris de exquisito color, que se extendía de un extremo a otro de la habitación. Los cuatro eligieron pupitres cerca del centro, donde nada se cernía tan cerca que Song no pudiera dejar de mirar atrás, y se acomodaron. No fueron los únicos nerviosos por el trayecto hasta la aula, o que miraban con recelo los frascos y siluetas en las paredes. La cripta era más ancha que larga, y el frente contaba con una plataforma de piedra ligeramente elevada donde estaba dispuesto un escritorio. Su profesor se encontraba tras él.

Era un hombre alto y delgado, en sus cuarenta, vestido con una túnica negra elaborada. Tianxi, su largo cabello negro recogido en un elaborado moño sostenido por una horquilla en forma de fénix. Su bigote y barbilla cuidadosamente peinados, con ojos negros como un escarabajo y casi tan brillantes. Observaba la entrada de los estudiantes con impasibilidad, moviéndose solo cuando el último había llegado.

— Soy el profesor Yun Kang, de la Sociedad Peiling — anunció, con una voz suave como terciopelo —. Enseñaré a quienes sean capaces los conceptos fundamentales de la Teratología.

Al pasar junto a su escritorio, tomó una vara larga de madera oscura, suficientemente pulida como para reflejar la luz de las linternas.

— Deben dirigirse a mí como profesor o señor — les advirtió el profesor Kang —. Cualquier otro modo será motivo para ser expulsados de esta sala.

Comenzó a avanzar por su baja plataforma, obligando a los estudiantes a seguirlo, atravesando pilares y los cabellos de sus compañeros.

— La Teratología es el estudio de lo monstruoso — explicó —. De aquello que ha sido transformado por el toque del éter o la Gloam, los lares y los lemures. Es el conocimiento que salvará sus vidas en la oscuridad, permitiéndoles distinguir lo peligroso de lo insignificante cuando actúan en nombre de la Guardia.

Se burló.

— Los estudiosos han dedicado toda su vida a la Teratología, y consideran que este tiempo es demasiado breve — afirmó el profesor Kang —. Mi única expectativa respecto a ustedes como estudiantes es que la mayoría aprenda lo imprescindible, y algunos pocos, los afortunados, lleguen a comprender la magnitud de esta disciplina.

El hombre de cabello oscuro se detuvo.

“No hemos ni empezado a explorar en profundidad lo que existe más allá de nuestras pequeñas islas de Luz en este vasto mar de oscuridad”, dijo el profesor. “Y lo poco que sabemos cambia década tras década, al igual que el mundo mismo.”

El profesor Kang caminó por su escenario, con los brazos cruzados detrás de la espalda.

“La teratología es un campo en constante cambio”, explicó. “No solo debemos seguir los caprichos de la naturaleza y de los Antiguos, sino también la locura de los hombres puede transformar una tierra y una fauna.”

Los ojos oscuros del profesor recorrieron las mesas, casi con pereza. Song sintió que su estómago se hundía. Había algo en esa mirada...

“De hecho, hacia el cambio de siglo, toda una región que había estado sometida a la Luz de manera regular durante siglos fue condenada”, dijo el profesor Kang. “Además de la inmensa cantidad de muertes y destrucción que esto provocó, vale la pena señalar que también se alteró irremediabilmente toda una flora y fauna. Incluso si se restableciera la Luz, muchas de esas transformaciones seguirán permaneciendo.”

Hizo una pausa. Song tragó saliva.

“¿Alguien puede nombrar la región en cuestión?”

Una docena de manos se levantaron, pero el profesor Kang ni siquiera las miró. Sus ojos oscuros la fijaron como una mariposa en una pared, y sus labios torcieron una sonrisa desagradable. Una mano que descansaba en su espalda se levantó y apuntó directamente con la vara hacia ella.

“Capitana Song Ren, de la Decimotercera Brigada”, dijo. “Responde la pregunta.”

Ella respiró hondo.

“Es la República de Jigong”, respondió Song con una calma forzada.

“Muy bien, muy bien”, sonrió con delgadez.

Se giró como si fuera a cruzar nuevamente el escenario, pero ella sabía que no era así. Un instante después, volvió a mirarla, tocando pensativamente su vara contra su barbilla.

“Song, si quieres”, dijo el profesor Kang con indiferencia, “¿sabrías qué familia tonta y maldita fue responsable del peor desastre que Vesper ha conocido desde el apogeo de las Guerras de Sucesión?”

Ella apretó los dientes.

“La familia Ren, señor”, respondió.

“Vaya, vaya, Song”, dijo. “Ese es precisamente tu apellido. Seguramente solo una coincidencia.”

El silencio en el auditorio era casi insoportable. Song inhaló profundamente.

“Respóndeme, Ren”, dijo fríamente el profesor Kang. “O sal de esta sala. No permitiré alumnos que interrumpen.”

“No es una coincidencia, señor”, afirmó con dificultad.

“Ah, creo recordar algo por el estilo”, dijo el hombre de cabello oscuro con indiferencia. “¿No fue su abuelo quien tuvo la culpa? Usted proviene de la línea directa de descendencia del traidor más abominable en la historia de las Repúblicas.”

Ella siguió mirando al frente, fija y silenciosa.

“Ah”, dijo con seda en la voz. “Comprendo. Una chica tan famosa, debe creer que está por encima de responder cuando su maestro le habla.”

“No sé qué decir”, dijo Song con entidad de madera.

“Lo comprendo”, suspiró el profesor Kang. “Solo puedo alabarte por reconocer la absoluta inutilidad de cualquier palabra que puedas pronunciar.”

Volvió a esconder las manos tras su espalda.

“Si vas a infringir tu presencia sobre mí, Ren, al menos tendrás la decencia de no hablar a menos que te pregunten”, dijo el profesor.

Ella tragó saliva.

“Sí, señor.”

Crispó los labios con una delgada sonrisa.

“No te he dado permiso para hablar”, dijo. “Esta es tu tercera y última advertencia.”

Humillada, las miradas que siguieron fueron aún peores. Parecía que la mitad de la clase observaba su rostro, algunos con burla y otros con desprecio. Las miradas llenas de lástima eran las más hirientes.

—El profesor está delante— dijo Angharad con fría dureza cuando la estudiante que dirigía su mirada hacia ella parecía un animal en una jaula.

Eso avergonzó a quienes estaban cerca y comenzaron a dejar de mirar, aunque la atención apenas menguó. El profesor Kang observaba toda la escena desde el frente, esperando solo que ella hablara y le diera una razón para expulsarla. Cuando quedó claro que no le daría esa excusa, la reprendió por distraer a la clase y anunció que todo el primer mes se dedicaría al estudio de lo que diferenciaba a los lares y lemures de los animales.

—La teratología no se comprende mejor como un estado o un catálogo, sino como un sistema natural— dijo el profesor Kang. —Para que puedan entender esto con mayor claridad desde el principio de nuestro tiempo juntos, estudiaremos una ocurrencia bien documentada de un cambio en dicho sistema.

Y mientras el estómago de Song protestaba, el profesor continuó explicando cómo durante todo ese primer mes estudiarían cómo la Oscuridad había transformado las tierras de Jigong, su fauna, flora e habitantes. Cada detalle angustioso de las consecuencias del pecado de su abuelo, no solo expuesto para que todos lo vieran, sino también analizado y sometido a pruebas. De los cuatrocientos tres estudiantes de la Scholomance, solo unos cien estaban en esa sala, pero ella sabía sin duda que al terminar el día, la noticia se habría propagado por todo Tolomontera. La Oscuridad y sus lazos familiares con ella parecían estar grabados a fuego en su frente.

El capitán Wen le había advertido que uno de los profesores tenía algo en su contra, ¿verdad?

Bueno, Song lo había encontrado.